

La escritura y la furia
Ensayos sobre la imaginación latinoamericana

Gabriel Inzaurrealde

La crítica literaria como artefacto insufrible	9
La memoria, la frontera y el acontecimiento en Julio Cortázar y Juan Carlos Onetti	17
<i>Plata quemada</i> de Ricardo Piglia: memoria y violencia.....	49
Alexis y Ariel: el letrado y la violencia latinoamericana en <i>La virgen de los sicarios</i> de Fernando Vallejo.....	133
Infierno y melancolía en Roberto Bolaño.....	195
Apuntes sobre <i>La novela luminosa</i> de Mario Levrero	251
Bibliografía	281

LA CRÍTICA LITERARIA COMO ARTEFACTO INSUFRIBLE

El ejercicio específico de la crítica o de la teoría literaria ha venido desdibujándose ya desde mediados del siglo xx. Después de los intentos de los formalistas y de la semiótica por sistematizarlas en el marco de una nueva consciencia sobre el lenguaje o en el de una nueva ciencia de los signos, ya nadie sabe exactamente cómo definir una disciplina, por naturaleza indisciplinada, como es la teoría de la literatura. Se espera de una disciplina cierta coherencia metodológica que esta no puede ofrecer. La teoría literaria parasita, sin embargo, anárquicamente, sobre otros saberes (la historia, la antropología, la lingüística, el psicoanálisis, la semiótica, la filosofía). Vive de incursiones rapaces en disciplinas vecinas de donde vuelve con pequeños tesoros robados que inmediatamente se emplean para asediar los textos de ficción. Esta apropiación de saberes exógenos ha permitido y alentado en parte la enorme variedad de aproximaciones a la literatura que pueden inventariarse. Hoy sería imposible confeccionar un manual de la materia que no fuese forzosamente parcial e incluso arbitrario. Tampoco sería sensato, aunque sabemos que esta situación ha contribuido a cierta inestabilidad conceptual. Lo cierto es que un manual de este tipo quedaría obsoleto en pocos años. La teoría literaria puede ser historiada pero no sistematizada. Por otra parte, que una disciplina estalle es un signo de vitalidad, no algo que deba preocuparnos.

Y sin embargo, si hay algo que podemos afirmar con relativa seguridad es el carácter evidentemente superfluo que asumirá este *métier* en la constitución objetiva del mundo contemporáneo. Si se piensa con algún detenimiento en esto, habrá que concluir que la crítica de la literatura está tendencialmente condenada a desaparecer. El procedimiento de leer activamente los textos de ficción y elaborar sobre ellos una serie

de juicios es algo que a nadie debería resultar provechoso. Empezando por los poetas y escritores mismos, que obviamente no la necesitan. La crítica y la teoría tienen a la imaginación poética como su condición de posibilidad pero la relación inversa es absolutamente contingente. Aunque algunos autores (como Borges o Piglia) hagan literatura con la teoría de la literatura, el vínculo primordial del creador con el lenguaje es de naturaleza incondicionada y esencialmente oscura. Mientras la crítica reflexiona sobre la literatura, ésta, como escribió Didi-Huberman en otro contexto, sólo hace hablar a la experiencia del mundo.

La crítica o la teoría literarias (no son exactamente lo mismo) tampoco pueden interesar al Estado, instancia para la cual la especulación sobre los textos de ficción ha dejado de ser vital. Lo fue en un remoto pasado, cuando los cánones literarios conformaban algo así como la identidad espiritual de una nación. Entonces los juicios legislativos sobre la literatura tenían una relevancia estatal y comunitaria. Hoy es evidente que la literatura ya no tiene la función de legitimar el artificio cartográfico y lingüístico que constituye a una nación. Los propios Estados nacionales y sus ciudadelas letradas son entidades en declive y la crítica ya no tiene por qué emitir dictámenes. Por otra parte, en un tiempo como el nuestro, hechizado por la fantasmagoría economicista, la dimensión especulativa que representa la reflexión literaria no puede sino perder sus eventuales soportes institucionales. En la actualidad, la literatura como materia de estudio, por ejemplo, resulta un lujo excesivo del cual los renovados sistemas de gestión empresarial de la enseñanza intentan, en general, desembarazarse. El nacionalismo, la idea de ciudadanía y la generalización de la escuela secundaria crearon en el pasado multitudes de lectores (o víctimas de la literatura). Hay que entender que ciudadanía y literatura fueron conceptos implicados. El nuevo sujeto del capitalismo avanzado es un consumidor depurado (no un ciudadano) al que no le perturbarán en absoluto las reyertas literarias porque su modo de integración o subordinación no pasa por la tradición cultural. La crítica es una supervivencia que difícilmente puede interesar al mercado que es el mecanismo que en nuestro mundo regula el aparecer. Esclarecer el modo de existencia de la crítica debe partir entonces del reconocimiento de su esencial descolocación.

La literatura misma, concebida como la práctica de producir ficciones, ha recobrado (o conquistado) en la modernidad su prodigiosa inutilidad. Pero la invención de ficciones tiene por lo menos algo que ofrecer al mercado, algo mensurable en términos de rentabilidad; algo apropiable. Hay un goce inmanente e inmediato en el consumo de ficción que sólo a través de infinitas mediaciones alcanza al discurso crítico. Por eso la alianza del mercado con la creación es estratégica. Pero atrapada en la lógica de la pura mercadotecnia, la literatura (convertida en producto y despolitizada) pierde, tendencialmente, densidad. Queda anclada en la superstición de lo actual como eterno retorno de lo idéntico. La crítica, en cambio, dada su condición superflua, puede sustraerse a estas operaciones de captura y apropiación. Podríamos entonces empezar a definir parcialmente a la crítica de la literatura como la forma siempre cambiante de disputarle al mercado esa misma apropiación.

Inútil para el Estado e inexplorable para el mercado, la crítica literaria se convierte en un artilugio emancipatorio, y, en cierto sentido, salvaje y entonces sólo puede retornar a su vocación más originaria: la invención crítica y la profanación. La invención crítica es lo que se requiere al internarse en el ámbito frágil de lo ignorado o de lo nuevo. Para emprender este viaje descubridor, la crítica necesita crear sus propios conceptos (y aún sus propios objetos); sistemas de navegación y de desciframiento. La profanación, por otra parte, consiste en la impertinencia de volver pensable lo que se ha dado ya por sabido.

Ambas actividades están libres de cualquier interés particularista, de cualquier utilidad. Combinan la idea de tarea con la de juego. Buscan en las obras lo que Walter Benjamin llamó su contenido de verdad. Se despliegan tanto en sentido retrospectivo (de rescate) como anticipador (profético). Una se debe a la exploración y al azar y extrae de la oscuridad lo ignorado por la doxa mercantil y la otra debe entablar combates de sentido para abrir lo ya consagrado a la reconsideración y al comentario. Resumamos entonces la tarea del crítico como el juego, sin valor de cambio, que convierte en pensables los universos sensibles de la ficción.

De todo esto se infiere necesariamente que aparte del escritor, el Estado y el mercado, la crítica literaria en la que pienso perturba, molesta incluso, a una cuarta entidad en juego: la del receptor de la obra, es decir,

el lector o el adicto a las ficciones. Mientras que el reseñador de libros a la venta tiene por objetivo facilitar el proceso de adquisición del producto, suavizar el choque entre la obra y su consumidor, el crítico sólo puede incomodarlo. Interponiéndose entre el texto y el lector, la crítica contribuye a problematizar la recepción de las obras no a simplificarla. Provocar cortes en el tejido estético-político en el que se inscriben tanto la obra como su destinatario y abrirlo hacia una eventual reconfiguración de lo sensible, es lo que orienta a la crítica en el sentido de la justicia.

Para evitar ser anulado, el discurso crítico no puede ceder ni a la indulgencia informativa del habla periodística ni a una teorización completamente separada de las obras mismas. Ha de moverse de forma esquizoide entre el acontecimiento de la forma (las obras) y la especulación filosófica. Ha de circular caprichosamente entre ambas (ya que la teoría literaria hace un uso inevitablemente perverso de la filosofía). Por un lado el crítico necesita internarse en la masa sensible que la obra pone en movimiento y que lo ha capturado, debe perderse en ella, sufrirla. Por el otro, necesita continuamente buscar el pensamiento, enfrentándose a aquello que *resiste* en los textos; pero no para develarlo, sino para encontrar una relación *fermental* con su misterio. No es el desnudamiento, como se sabe, la misión de la crítica sino la reconstitución inteligible de un velo.

La actividad de lectura y meditación que supone la crítica exige, por último, un tiempo esencialmente propio y radicalmente distinto al frenético ritmo del «rendimiento» que se ha enseñoreado de nuestras universidades. La crítica literaria posee su propia temporalidad. Por definición piensa a destiempo y progresa en la sombra. Su compás lo marcan ideas y encuentros fortuitos, no la producción. Es esta compleja y aleatoria máquina de *des-obrar*, que procesa lo sensible como un juguete rabioso, lo que llamamos el artefacto crítico. Sólo su radical heterogeneidad puede salvarlo.

LAS OBRAS

En este libro se sugiere que «El otro cielo» de Julio Cortázar y «Un sueño realizado» de Juan Carlos Onetti despliegan un modo de